MANUEL GALVEZ HA PUBLICADO "HISTORIA DE ARRABAL"

por Julio Noé

Después de haber ensayado, con éxito que no creemos muy grande, la novela psicológica, Manuel Galvez ha vuelto con su *Historia de arrabal* al género realista que, en *La maestra normal* y en *Nacha Regules*, trató con no poco acierto.

No daremos a su novela reciente más importancia de la que en realidad tiene, ni de la que acaso le da su propio autor. Breve, esquemática, la *Historia de arrabal* parece construída con desechos de *Nacha Regules*, con restos de materiales no utilizados por Gálvez en su novela anterior. Como en las mismas páginas de *Nacha Regules*, la Boca, la inquieta y sórdida Boca del Riachuelo, sirve de escena a este relato. Rosalinda Corrale, la pobre muchacha prostituída y envilecida por un *maleyo* de arrabal es hermana menor — ¿no lo ha dicho ya el mismo Gálvez? — de Nacha, como ella nacida para ser honrada, pero hundida como ella en la abyección más tremenda por la fatalidad de un trágico destino. Como Nacha, Rosalinda encuentra un noble espíritu que quiere redimirla, pero no lo podrá ya nunca. Cuando cree haber huído, haberse libertado del hombre que la encanallaba, Rosalinda Corrales le tiene ahí mismo, frente a ella y al hombre que la iniciaría en una vida nueva. Ya no escapará más. "El Chino" no matará a su rival. ¿Para qué? Después de haberlo desarmado con la ayuda de un compañero, le entrega un puñal a Rosalinda, y le ordena acatamiento. No le dice que mate a Daniel su rival, el buen muchacho que amaba a Rosalinda y quería libertarla. No lo necesita "El Chino". Tan suya, tan enteramente suya es la pobre muchacha que mirándola, sólo mirándola, "El Chino" le hace comprender su deseo siniestro. "Rosalinda, vacilante, como sonámbula, lo abrazó. Daniel la abrazó también. No veía los ojos del "Chino", relampagueantes e imperativos, cayendo sobre el rostro de Rosalinda como un tajo. Y bruscamente sintió el puñal en el pecho y un chorro de sangre".

Esta es la *Historia del arrabal*. ¿Por qué la ha escrito Manuel Gálvez? ¿Qué interés podía ofrecerle este asunto de vicio y de sangre? ¿El ambiente? Gálvez no lo ha descripto con la minuciosidad y acierto que ha puesto en la descripción de otros. ¿El de los personajes? No lo tienen, ni como ruines, los inmundos de esta *Historia*. ¿El del drama de Rosalinda? No es suficiente.

La *Historia de arrabal* nos ha repugnado, no porque el autor la haya narrado con fuerza tal que toda esa asquerosa realidad se nos haya hecho evidente, sino porque es repugnante en sí, en su escueta crónica, todo lo que en ella acaece.

Si Manuel Gálvez ha puesto en ella algo de su indiscutible talento de novelista, nada ha puesto de buen gusto. La *Historia de arrabal* pudo contarla cualquier novelista o dramaturgo populachero. Y acaso con más eficacia porque, de seguro, no la hubiera privado de ningún detalle realista.

Abandone Gálvez esos temas de fácil realismo, y dénos en grandes cuadros de amplio trazo su visión de nuestra vida nacional, que aun no tiene el gran novelista que necesita y espera.

(De "Nosotros")

REVISTA DE FILOSOFIA
CULTURA - CIENCIAS - EDUCACION
Publicación bimestral dirigida por
José Ingenieros y Aníbal Ponce
La más autorizada expresión del movimiento intelectual contemporáneo de la América Latina
APARECE EN VOLUMEN DE 150 A 200 PAGINAS
Suscripción anual [illegible]
Exterior [illegible]
[illegible] "La Cultura Argentina"
BELGRANO 475 BUENOS AIRES

Leopoldo Lugones [1]

"Es una fuerza de la Naturaleza", dicen los argentinos; tal vez porque no provoca la simpatía sino la arrastra. Y a pesar de su indiscutible alcurnia, añaden otros: "¡Un indio bravo!" Pues es preciso detestarle o quererle.

Cuando se le quiere bien, se divisa en sus ojos aquel "delirio inspirado por los dioses" de que hablaba Sócrates en el *Fedro*. Es un dionisíaco. Es un carrete eléctrico por donde pasan las más altas corrientes de lirismo. No puede estar tranquilo este hombre enjuto y atezado que os toma del brazo para aumentar la contundencia del argumento. Le tiemblan las piernas, por el cuerpo todo pasa y estalla en palabras sonoras aquella dispersa tempestad del ambiente que se humaniza en los labios del orador. Kipling alabaría su catadura de espectador de mundos. Tiene sus gafas maliciosas, la curtida tez de Ulises trasatlántico y la humildad tan orgullosa de llamarse exclusivamente periodista. Miradle. Ya está en monólogo. La mano patricia tiraniza las guías del bigote o ensancha el cuello para que sea holgado el resoplido o levanta agresivamente los espejuelos para asestar el ojo desnudo. La idea prorrumpe en él como una estrofa. Se empecina. Lugones al impugnar; si le rebatís, inclina la cabeza para la acometida bovina; pero ya canta la carcajada fresca y todo concluye en un "che, querido".

LEOPOLDO LUGONES

Es un hidalgo cordobés, bien lo sé, pero le busco seducciones de gaucho en la voz arrastrada o en cierta felina agilidad o en la parada instable de jinete argentino que está buscando el respaldo del caballo. Hay versos suyos que continúa el jadeo del galope o su vértigo; y nunca el mito del potro lírico fué más plausible que en esa tierra de poetas humildes que llevan la lira en zurrón para cantar en la tapera de la "china" sus vidalitas dramáticas. Así los beduinos de la pampa recuerdan al abuelo probablemente que después de gastar la pólvora en las desbordadas "fantasías", hace gemir la flauta de las noches árabes.

Cuando Lugones olvida sus habituales gongorismos y las excursiones por los Andes de su verso escarpado, tiene blancuras y requiebros de guitarra criolla. Cinco libros admirables, por lo menos, le acreditan maestro; pero él siente la necesidad de hacinar obras como lápidas para colocar su estatua encima. Sarmiento debió ser así. Con tal premura insolente de acaparar disciplinas humanas, aquella intacta juventud de Lugones; pero ¡válgame Dios! un físico peor.

La mano velluda del Polifemo está templando guitarras. Sus últimos libros son de payador y Martín Fierro le hubiera cebado el mate amargo. El áspera dulzura de los panales salvajes y los hombres enérgicos es la recompensa de su madurez. Como escribiera Estanislao del Campo sus famosas impresiones de un gaucho en una representación de *Fausto*, así los versos amatorios de Lugones parecen — y éste es un elogio conmovido — la adaptación criolla de la *Vita Nuova*. Mirad a Beatriz en Palermo (el Palermo de Buenos Aires). El poeta conoce aquel "mirabile tremore" del sublime libro, mas no regresa a la "cámara de las lágrimas" ni queda "maravillosamente triste" sino inquieto cuando más, inquieto sí y humilde en la girovaga noche, porque el diamante nocturno está rayando el alma de vidrio? ¿Quién no la ha sentido entregado por esmeriles de Dios? La admirable *Endecha* de Lugones alcanza entonces la dulzura acongojada, la temerosa ventura y ese arte del suspiro que maravillan en los sonetos y baladas de la *Vida Nueva*.

Pero el argentino Dante no es colérico ni asume la tristeza teologal del otro. Aquí resuena en el rumor fabril, en el rodeo de los centauros la serenata de un incrédulo sentimental que sólo cree en la vida: exclusiva fe de Lugones. Su optimismo es quizás la virtud menos pregonada y la más evidente de sus Juegos Florales. Poesía de hombre de acción que en la tierra libre y ubérrima, lleva la camisa del hombre feliz, casto y fuerte como los Pelasgos. El me escribió en unos inéditos apuntes sobre su musa dilectísima — aquella Juana de Lugones canonizada ya por los dos poetas representativos de nuestra América — esta frase atrevida y risueña que pudiera servir aquí de epígrafe:

—Tengo la reputación de ser el marido más fiel de Buenos Aires.— y la merezco.

Ventura García Calderón.

París 1922.

(1) Silueta que encabezará la nueva edición de "El Libro Fiel" próximo a publicarse en la Casa Editorial Franco-Ibero-Americana de París.

Por la Unión Latino-Americana

La juventud que viva es una fuerza de cuya aplicación sois los obreros y un tesoro en cuya inversión sois responsables.

José E. Rodó.

Desde Buenos Aires, nos remite el ilustre José Ingenieros el discurso que con motivo de la visita de otra alta personalidad intelectual de América, José Vasconcelos, pronunció en el pasado mes de octubre cuando en ágape cordial se reunieron los intelectuales del Plata para tributar homenaje al alto pensador de "El monismo estético" y de "Prometeo vencedor".

El bello discurso de Ingenieros tiene en nuestro sentir una alta significación para la juventud intelectual de América. Es el grito de alarma y de fraternidad que nos llega desde una tierra lejana a las repúblicas latinas del hemisferio norte: México, Cuba, Santo Domingo, y las que sirven de nexo de unión entre las dos partes del continente en la América Central.

En sus párrafos serenos y acertados refleja el gran pensador argentino todo el temor de América y dice también qué debemos hacer para impedir que "la cooperación de vecinos poderosos pueda convertirse en un protectorado que sea un puente hacia la servidumbre."

El problema político de la América latina es el más grave de cuantos recuerda la historia. Todo concurre a hacerla sucumbir más tarde o más temprano. La ley, mil veces cumplida a través de los años, de la absorción de las nacionalidades pequeñas por los grandes estados, parece que ha de realizarse fatalmente. El imperialismo del Norte se explaya con las alas poderosas del "dollar" e invade lenta y seguramente a todas las débiles repúblicas que se extienden hacia el sur. Es inútil oponer la fuerza de los fusiles. La desigualdad, aun siendo una bella realidad la unión política, es grande. En vano se convertirán en rojas flores de sangre los nopales aztecas: en vano caerían ante la metralla las blancas ciudades latinas: el empuje de los rubios hijos del Norte acabaría por vencer. Ellos tienen a más de una población superior, la primera organización militar del mundo moderno. Sus ojos azules no miraron inútilmente las llanuras desvastadas de la vieja Europa. Trajeron con los reflejos rojos de la tragedia, la sed de fuerza y de superioridad. Hoy su empeño ha triunfado y la "Mayflower" ve pagado su viaje a cinco siglos de distancia con el rápido andar de los grandes acorazados. No es, pues, por la fuerza de las bayonetas como ha de triunfar la América latina del peligro. Hay una fuerza que si no superior es tal vez igual, y que aun no ha perdido su importancia dentro de la concepción moral contemporánea: la del Derecho. Sólo con esas armas podemos triunfar o evitar al menos el ser vencido.

Para ello es lo primero unir el alma atomizada de América en una sola. Olvidemos las fronteras geográficas ante la igualdad de origen. Las naciones de la América representan hoy el último baluarte de la civilización neolatina. Somos el postrer refugio que queda a la herencia de la madre Roma. En nosotros está la última esperanza de hegemonía intelectual. Las naciones de Europa entran ya en el período de la "involución" y sólo nosotros, savia nueva, podemos mantener la tradición nunca igualada. Ante la fuerza triunfante del capitalismo yanki, opongamos las concepciones fuertes. Ante su civilización eminentemente práctica, agitemos como una bandera nuestra superioridad intelectual. Y sobre todo ello, por encima de toda otra aspiración, hagamos que la América grite alto su propósito de ser siempre libre. Hagamos ver que todos estamos de acuerdo, que sentimos con un solo corazón, que tenemos un mismo cerebro orientador y que nos alienta un mismo propósito.

Rechacemos de mutuo acuerdo toda ingerencia económica que pueda posteriormente transformarse en pretexto de intervención armada. Aprendamos para ello a gobernarnos, a tener convicciones políticas populares lo suficiente fuertes para que los gobiernos se vean obligados a respetarlas.

Es verdad que el imperialismo de la América del Norte tiende a invadir con corrientes de oro nuestras repúblicas y que son esas corrientes las que más adelante se convierten en amenaza política, pero es también verdad que la mayor parte de las veces son los propios gobiernos, nuestros los que facilitan la labor de Wall Street. Allí se funden con oro las cadenas que nosotros *pedimos*. Es eso lo que hay que evitar. Cuando no demos motivo de intervención podremos, en nombre del Derecho, reclamar respeto, mas todo será inútil si en nombre también del derecho y respaldados por un contrato, los banqueros norteamericanos nos exigen saldo de deudas o de lo contrario la incautación de los centros de ingreso. No olvidemos que a todo derecho corresponde un deber.

Para llevar a cabo esa unión ideológica de los pueblos latinos de América, habla Ingenieros a la juventud intelectual del Continente. Es ella, en efecto, la única capaz de salvar lo que nos legaron Martí, Bolívar, San Martín, Morelos y Paez. Es ella la que puede, en nombre del futuro incierto y del pasado glorioso, exigir a los gobernantes un proceder honrado, no sólo en la política interna, sino en las relaciones exteriores. Es ella también la que debe hacer efectiva la unión latino-americana de que nos habla el pensador argentino. No una unión política, que es imposible por razones cien veces expuestas; no una alianza ofensiva o defensiva, que sería inútil, sino una alianza sentimental, más fuerte por sentimental, que todos los tratados. Los pueblos se aman o se odian sin tomar en cuenta los convenios que fríos diplomáticos, no siempre sinceros, firmaron un día. Se aman cuando se conocen y ven que un mismo espíritu los alienta, y es eso lo que falta a América. Nuestro continente, preocupado por un peligro común, ha empleado sus fuerzas en odiar a la América del Norte en vez de amarse entre sí. Nuestros poetas han cantado más a la enemistad con el norteamericano, que el amor entre latinoamericanos. Es un error. Las uniones provocadas, por una amenaza común suelen ser sólo momentáneas, mientras que las que se inspiran en el mútuo aprecio, son definitivas.

La labor de la juventud intelectual de América es, pues, de crear un mútuo conocimiento. Nuestro trabajo ha de concretarse a unir almas dispersas. Es necesario un intercambio continuo de hombres y de ideas. Así la unión será un hecho. Nos conocemos mal, cuando no nos ignoramos. Geográficamente cerca, estamos espiritualmente lejos. Nos miramos, no directamente, sino a través de España, espejo curvo que devuelve inexactas las imágenes. Nuestros intelectuales se conocen a través de editores extranjeros. El genio de Rodó llegó a Cuba por medio de una casa editora española. La obra de Verona llega trabajosamente en revistas y periódicos a las hermanas del Sur.

Esa labor están obligados a hacerla los jóvenes. Exijan ellos a los gobiernos la publicación de las obras fundamentales de sus países respectivos. Tengan las universidades, como ya se hace en algunas repúblicas, intercambio de profesores. Así se orientará el espíritu americano en una única dirección. Todos pensarémos lo mismo y estaremos por tanto unidos en una comunidad de aspiraciones. Las pequeñas diferencias fronterizas serán olvidadas por la unión intelectual que abrirá horizontes más vastos. El triunfo entonces será nuestro.

Hagamos de la América latina, una sola nación fuerte de ideas en la que el derecho por ser respetado, puede ser reclamado ante el mundo entero. Entonces, por obra de las nuevas corrientes fecundas, caerán en un derrumbe sonoro las tiranías opresoras del pensamiento y podremos vivir tranquilamente sin importarnos que los grandes acorazados del Norte paseen del Atlántico al Pacífico el símbolo de su bandera, mientras allá en el oriente fantástico y taimado, otras potencias sueñen con imponer su exotismo en nuestro continente. Porque esa rivalidad entre las dueñas del Pacífico es la mayor garantía para el futuro de la América latina, cuando ésta sea capaz de ser decisiva en un conflicto.

Alberto Lamar Schweyer.

La Habana, Diciembre, 1922.

Las relaciones intelectuales Franco-Argentinas

"Un argentino" se ha tomado la molestia de recopilar estos antecedentes que titula "Páginas de Historia Cultural". Creíamos encontrar en ellas algún recuerdo de la actuación honrosa de algunos argentinos ilustres en Francia, comenzando por Calvo, Ameghino, Ingenieros, Larreta, Lugones, Chutro, que han hecho conocer allá, en épocas diversas, nuestras ciencias y nuestras letras.

Nada de ello encontramos, en este folleto lujosamente impreso. El misterioso autor del mismo se limita a narrar y documentar algunas gestiones relacionadas con el derecho comercial, en cuanto tienden a proteger la propiedad literaria y los derechos de los autores franceses, particularmente los de la industria teatral, en la Argentina.

El folleto pone de relieve, las eficaces gestiones de los señores Juan Pablo Echagüe y Enrique García Velloso, tan meritorias desde el punto de vista de los intereses franceses como inútiles desde el punto de vista argentino; y, al pasar, las figuras de los señores Echagüe y Velloso se acrediten en méritos de alta significación franco-argentina.

No ocultaremos, sin embargo, que, dada la naturaleza misma de las relaciones a que se refieren estos antecedentes nos inclinamos a pensar que el misterioso autor del folleto — a quien suponemos francés, — ha debido titularlo "páginas de historia comercial" y no "páginas de historia cultural". Porque asegurar el cobro de unos derechos de autor no es asunto de cultura, sino de comercio.

JOSE INGENIEROS: Sociología Argentina.
(7.ª Edición, corregida y muy aumentada).
Ensayo sobre la evolución sociológica argentina; principios fundamentales de la sociología; la formación de la sociedad argentina; su caracterización nacional y su función internacional. — Los iniciadores de la sociología argentina; ensayos sobre Echeverría, Alberdi y Sarmiento. — Crítica de la sociología argentina; ensayos sobre Ramos Mejía, García, Bunge, Ayarragaray, González y Alvarez. — Ensayo sobre la formación de una raza argentina; elementos étnicos que en ella se refunden y progresiva sustitución de las razas de color por las razas blancas; los nuevos caracteres raciales de la nacionalidad en formación.
1 vol. in-8.º, de 470 páginas .... $ 2 %

JOSE INGENIEROS: La Evolución de las Ideas Argentinas.
Libro I — La Revolución
Introducción — La mentalidad colonial. — I. El enciclopedismo y la revolución. — II. Dos filosofías políticas; Mariano Moreno. — III. La Asamblea revolucionaria del Año XIII. — IV. El Congreso reaccionario del Año XVI. — V. La Reforma: Bernardino Rivadavia.
1 vol. in-8.º, de 550 páginas .... $ 4 %
Libro II — La Restauración
I. Los sillares de la restauración. — II. El señor feudal: Juan Manuel de Rosas. — III. El absolutismo político. — IV. Los partos feudales y la disolución nacional. — V. Relaciones entre el Estado y la Iglesia. — VI. Espíritu de la restauración. — VII. Los sansimonianos argentinos; Esteban Echeverría.
1 vol. in-8.º, de 800 páginas .... $ 6 %

JOSE INGENIEROS: Las doctrinas de Ameghino.
Exposición sistemática dedicada a los maestros de escuela, ilustrada con numerosos grabados y diagramas. — La juventud de Ameghino y sus primeros estudios. — Las doctrinas geológicas; paleogeografía americana y argentina; estratigrafía argentina. — Las doctrinas paleontológicas; primeros ensayos; Filogenia; Mamíferos fósiles de la Argentina; faunas del cretáceo de la Patagonia. — Las doctrinas antropológicas: la "Antigüedad del Hombre en el Plata"; el árbol simio-humano; los monos fósiles sudamericanos; los homínidios fósiles sudamericanos; el hombre fósil sudamericano; las emigraciones prehumanas y humanas. — Las ideas filosóficas. — Valor de los hechos, doctrinas e hipótesis de Ameghino.
1 vol. in-8.º, de 224 páginas .... $ 1 %

JOSE INGENIEROS: La psicopatología en el arte.
2.ª Edición, muy aumentada. (Diez ensayos juveniles).
La psicopatología en el arte. — La locura de Don Quijote. — La psicopatología de los sueños. — Hacia la justicia. — La vanidad criminal. — La piedad homicida. — El delito de besar. — Los escritores y los críticos. — Psicología de la curiosidad. — La moral de Ulises.
1 vol. in-8.º, de 220 páginas .... $ 2 %

JOSE INGENIEROS: La simulación en la lucha por la vida.
(12.ª Edición, revisada por el autor).
Introducción sobre el origen de la obra, sus direcciones filosóficas y su plan científico. — La lucha por la vida; medios ofensivos y defensivos; simulaciones accidentales, instintivas y voluntarias; su utilidad en la lucha por la vida. — La simulación en los animales; teorías que la explican. — La simulación en el hombre; formas colectivas e individuales de lucha y de simulación. — Psicología de los simuladores; su clasificación. — Simulación de estados patológicos. — Evolución de la simulación en las sociedades humanas.
1 vol. in-16, de 220 páginas .... $ 1 %

JOSE INGENIEROS: Simulación de la locura.
(8.ª Edición, revisada por el autor).
La simulación de la locura, en general, como medio de lucha por la vida. — Sobresimulación y disimulación en alienados verdaderos. — Cuestiones jurídicas de la simulación por los delincuentes. — Concepto clínico y jurídico de la locura y de la simulación. — La psicología de los delincuentes y la simulación. — Formas clínicas de la simulación. — Caracteres de las locuras simuladas. — El delito en los alienados y en los simuladores. — Caracteres diferenciales entre la locura y su simulación. — Medios para descubrir la simulación. — Posición ante la medicina legal. — Reformas legales que impiden la simulación.
1 vol. in-8.º, de 400 páginas .... $ 2 %

JOSE INGENIEROS: Histeria y sugestión.
(5.ª Edición, revisada por el autor).
Concepto y patogenia de la histeria. — Accidentes sensitivos y convulsivos. — Los pretendidos síntomas de la hemiplegía histérica. — La astasia abasia. — La risa histérica. — El hipo histérico. — El mutismo histérico. — La disnea histérica. — Trastornos tróficos de la histeria. — Abulia histérica y dipsomanía. — Obsesiones e ideas fijas. — Interpretación científica y valor terapéutico de la sugestión y del hipnotismo.
1 vol. in-8.º, de 340 páginas .... $ 2 %

JOSE INGENIEROS: Criminología.
(7.ª Edición, corregida por el autor).
Coordinación metódica de los principios fundamentales de la criminología enunciados por el autor en numerosos escritos sueltos. — La formación natural del Derecho Penal. — La crisis de la legislación penal contemporánea. — La evolución de la criminología. — Clasificación psicológica de los delincuentes. — Las nuevas bases de la defensa social frente a los peligros de las leyes penales vigentes.
1 vol. in-8.º, de 408 páginas .... $ 2 %

JOSE INGENIEROS: Crónicas de Viaje (1905-1906).
(6.ª Edición).
El país de la risa. — *Italia*. (La exégesis de Dante; Los amantes sublimes; La enfermedad de Amar; La justicia de Bertoldo; Una temporada lírica de Mascagni; El arte moderno en Venecia; Las manos de Eleonora Duse; Entre las ruinas del Foro; La megalomanía de los emperadores). — *Jesús y Federico*. — *Los psicólogos y la psicología*. (Un cónclave de psicólogos; Corrientes y Problemas). — *Al márgen de la ciencia*: (Las razas inferiores; La morfina de España; El ocaso de una gloria; Una hora de emoción en Monte Carlo; Alemania; La escuela de la felicidad; Máximo Gorki; La política en Francia). — *Dos discursos*: Plus Ultra; Volviendo al terruño.
1 vol. in-8.º, de 260 páginas .... $ 2 %

JOSE INGENIEROS: Principios de Psicología.
(6.ª Edición, corregida).
Introducción sobre las relaciones entre las ciencias y los sistemas filosóficos; la formación natural de las hipótesis según el ritmo de la experiencia. — La filosofía científica como metafísica de la experiencia. — La formación natural de la materia viva. — La formación natural de las funciones psíquicas. — Las funciones psíquicas en el desenvolvimiento de las especies, de las sociedades y de los individuos. — La formación natural de la personalidad consciente. — La formación natural de la función de pensar. — Los métodos de la psicología como ciencia natural; clasificación y crítica de los métodos particulares: extrospectivos, introspectivos y experimentales; significación general del método genético, que unifica y coordina todos los precedentes. — Conclusiones.
1 vol. in-8.º, de 400 páginas .... $ 2 %

JOSE INGENIEROS: El Hombre Mediocre.
(5.ª Edición, corregida).
Ensayo moral sobre la mediocridad humana como causa de rutina, hipocresía y domesticidad, en las sociedades contemporáneas, con útiles reflexiones de idealismo experimental para que los jóvenes procuren evitarla, educando libremente su ingenio, su virtud y su dignidad. — La moral de los idealistas. — El hombre mediocre. — La mediocridad intelectual. — Los valores morales. — Los caracteres mediocres. — La envidia. — La vejez niveladora. — La mediocracia. — Los forjadores de ideales; el clima del genio; la moral del genio.
1 vol. in-16, de 230 páginas .... $ 2 %

JOSE INGENIEROS: Hacia una moral sin dogmas.
(2.ª Edición).
Lecciones sobre el eticismo. — Los dogmas revelados y los dogmas racionales; la relatividad del saber excluye el dogmatismo; los resultados generales de la experiencia moral. — La moral de Emerson en el ambiente puritano; geografía moral; Sarmiento y Horacio Mann; Emerson y Sarmiento. — Orientaciones de una ética opuesta al conformismo tradicionalista; el optimismo y la perfectibilidad. — La ética social; el dogmatismo teológico y el valor social de la herejía; el solidarismo. — Las morales independientes; sociedades éticas y culto de la moralidad; el pensamiento eticista; el porvenir del eticismo.
1 vol. in-16, de 210 páginas .... $ 1 %

JOSE INGENIEROS: Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía.
(2.ª Edición, con sumarios analíticos y proposiciones concretas).
Discurso de recepción en la Academia de Filosofía y Letras. — La hipocresía de los filósofos. — La crisis filosófica del siglo XIX. — Hermenéutica y paleometafísica. — Perennidad de lo inexperiencial. — Los problemas de la metafísica. — Metodología de la metafísica. — La metafísica del porvenir. — El lenguaje filosófico. — La arquitectónica. — Los ideales humanos. — Texto de las diez proposiciones.
1 vol. in-16, de 140 páginas .... $ 1 %

JULIO VICTORICA: Urquiza y Mitre.
Con una introducción de JULIO BARREDA LYNCH.
Contribución al estudio histórico de la organización nacional. — Orígenes del pronunciamiento de Urquiza contra Rosas. — Alianza contra la dictadura. — El ejército libertador. Caseros. — Hostilidades al vencedor de la tiranía. — Urquiza en Buenos Aires. — Urquiza disuelve la legislatura. — Viaje de Urquiza a Santa Fe. — Revolución del 11 de Septiembre. — El Congreso Constituyente de Santa Fé. — Revolución de Lagos en la campaña de Buenos Aires. — Sitio de Buenos Aires por Urquiza. — Levantamiento del sitio. — Secesión de Buenos Aires. — Gobierno de la Confederación. — La ley de derechos diferenciales. — Política secesionista de Buenos Aires. — Guerra civil entre la Confederación y Buenos Aires. — Política respectiva de Urquiza y Mitre. — La presidencia de Derqui. — La constitución reformada. — Batalla de Pavón. — La presidencia de Mitre. — Guerra. — La guerra del Paraguay. — La presidencia de Sarmiento. — El asesinato de Urquiza. — La revolución de Entre Ríos.
1 vol. in-8, de 350 páginas .... $ 2 %

PEDRO ECHAGUE: Teatro.
Con un prólogo de JOSE CHIRAPOZU.
Rosas (drama en dos actos). — Un beso (comedia en dos actos y en verso). — Padre, hermano y tío padre (comedia en tres actos). — De mal en peor (comedia en un acto).
1 vol. in-8, de 200 páginas .... $ 2 %

PEDRO ECHAGUE: Memorias y Tradiciones.
Con una introducción de NARCISO S. MALLEA.
Apuntes de un proscripto; libro primero; libro segundo; libro tercero. — Mártires Argentinos. — La Chapanay (tradición novelesca). — Cuatro noches en el mar (novela corta).
1 vol. in-8, de 210 páginas .... $ 2 %

JOSE HERNANDEZ Martín Fierro.
Con una introducción por C. O. BUNGE.
Sumario: Datos biográficos sobre los tres poetas gauchescos.
Introducción sobre la literatura gauchesca: I Descripción del gaucho — Su medio ambiente, raza, tipo físico, psicología y costumbres — El "payador" — II. La literatura popular y gauchesca — Las "payadas", los poemas gauchescos, el teatro, la novela. — III. El derecho consuetudinario del gaucho — El duelo a cuchillo — Su origen e importancia — Lucha entre el antiguo derecho consuetudinario del gaucho y el moderno derecho legal de la República Argentina — Representaciones de esta lucha en la literatura gauchesca — Estudio crítico sobre el autor.
Martín Fierro, de José Hernández (texto completo).
1 vol. in-16, de 348 páginas .... $ 1 %

HILARIO ASCASUBI: Santos Vega o Los mellizos de la flor.
Precedido por varios juicios e informaciones.
Poema gauchesco: cuadros dramáticos de la vida del gaucho en las campañas y praderas de la República Argentina (1778 a 1808). — La tapera. Santos Vega el payador. Rufo el curandero. El rancho. Carne con cuero. El fogón. El pajonal. La estancia de la flor. El bautismo. El baile. La confianza. El robo. El pampero. La madrugada. Los corrales. La indiada. El malón. Las cautivas. La gauchada. La borrachera. El contrapunto. El rastreador. Los amigos. El curandero. Las pulgas. La cárcel de Buenos Aires. Los portales del Cabildo. El escribano. Sietepelos. La vida del presidio. Amores en la pampa. La pulpería. El buen de cabecita. Don Pedro Cerbatos. Don Domingo Panique... El tropillero. Locura [illegible] de Pergamino. La estancia de los milagros. El gaucho forastero. La [illegible] del cielo. La muerte del bandido. Epílogo.
1 vol. in-8, de 340 páginas .... $ 2 %

MARIANO A. PELLIZA: La Dictadura de Rosas.
Precedido por un escrito póstumo de E. ECHEVERRIA.
El motín de Lavalle. Fusilamiento de Dorrego. Lavalle y Rosas. Primer gobierno de Rosas. Balcarce. Revolución de los Restauradores. — Interinato de Viamonte. — Segundo gobierno de Rosas. — Las facultades extraordinarias. — La dictadura en acción. — La mazorca. — La Revolución de Lavalle. — Retirada y desastre del ejército libertador. — Las guerras civiles. — Oribe y Rivera. — Intervención de Francia e Inglaterra. — El sitio de Montevideo. — Complicaciones internacionales. — Pronunciamiento de Urquiza. — La batalla de Caseros. — Fuga de Rosas.
1 vol. in-8, de 310 páginas .... $ 2 %

MANUEL BILBAO: Historia de Rosas.
Precedido de un estudio psicológico por JOSE M. RAMOS MEJIA.
Carácter filosófico de esta obra. La herencia colonial y el espíritu revolucionario. — Bosquejo histórico de la Revolución Argentina. — El caso del Año 20. — La época de Rivadavia y su espíritu liberal. — La reacción conservadora de las clases coloniales. — Sentido contrarrevolucionario de la restauración representada por Rosas. — Dorrego y Lavalle. — El encumbramiento de Rosas. — Las facultades extraordinarias. — Principios de la reacción colonial. — Campañas de Paz en Córdoba. — La Tablada y Oncativo. — Fuga de Quiroga a Buenos Aires. — Campañas de los restauradores en el Interior. — Fin del primer gobierno de Rosas.
1 vol. in-8, de 330 páginas .... $ 2 %

Frente a la América Imperialista

por José Manuel Carbonell

Discurso pronunciado por el Presidente de la Academia Nacional de Artes y Letras de La Habana, en la sesión solemne de apertura del curso 1922-1923, celebrado el 31 de octubre de 1922.

Señores Académicos:

Siguiendo el propósito que me había trazado el año anterior, pensé dedicar mi discurso reglamentario de esta noche, con motivo de la apertura del curso académico 1922-1923, a loar la vida y repasar la obra del infortunado poeta matancero Miguel Teurbe Tolón. Pero son tan excepcionales las circunstancias por que atraviesa la República, rodeada de asechanzas y tenebrosos peligros que me creo obligado, como mantenedor de los ideales constitutivos de su historia, y en mi carácter de Presidente de esta Corporación, a posponer mi propósito meramente literario para hablar de los problemas palpitantes con el pensamiento puesto en la patria que, por la culpa de quienes más debieran prevenirla y honrarla, se encuentra casi desvanecida, a extremo tal que parece simbolizarla no ya su estrella, sino la cruz sobre sus hombros vislumbrada por cuantos tienen ojos para ver y corazón para sentir.

Son muy opuestos, como sucede siempre en casos de pacientes graves, los criterios sustentados alrededor de esta crisis. Hay quienes, perdiendo de vista el concepto de la soberanía, juzgan incompatible oponerse a la ingerencia extranjera y mantener el propósito de reedificar y limpiar la casa, que llena de podredumbre se nos viene abajo. Y es un error padecido por cuantos confunden la moral doméstica con la moral nacional, que obliga en primer término al ciudadano a ser celoso y vigilante mantenedor del dogma que tiene por fundamento la inviolabilidad del territorio.

Dura suerte es la que corresponde a los pueblos de este hemisferio por su posición geográfica a capricho de vecinos poderosos que juzgan con su destino y empañan su historia poniéndole emboscadas al sentimiento nacional.

Pero no, porque las medidas radicales y extirpadoras del mal que nos conturba estén fuera de nuestro alcance, debemos entregarnos, con fatalismo musulmán, a la extraviada idea de que sólo nos queda el recurso de someternos y aguardar que el bien nos venga de afuera; cuando es lo cierto que éste sólo podremos conquistarlo con nuestro esfuerzo, con nuestra virtud, con nuestra celosa devoción a los principios por los cuales luchamos y sufrimos en largos años de sacrificios sin cuento, compendiados de la indomable energía con que nos consagramos a convertir en un paraíso de libertad y de civilización la mazmorra colonial en que abrimos los ojos al mundo.

Es evidente que no son satisfactorios, y mucho menos consoladores, los resultados que hemos obtenido desde que derribamos con los picos libertadores de la fe insurrecta la vetusta fortaleza de la dominación española. Pero debemos tener presente, no para aminorar la culpa a los reos de la corrupción imperante, sino para sacar en consecuencia inolvidables enseñanzas, que no somos los únicos responsables de tantos desastres, sino que precisamente nos vino de afuera, a virtud de las condiciones en que hubo de establecerse la República, la corriente aniquiladora que debilitó la fe y destruyó en su raíz la conciencia del sufragio, punto de partida de las enormes desventuras que han abatido y casi disuelto en el espíritu de los menos resistentes las esperanzas de una mejor orientación.

No pretendo, al descorrer la cortina del ayer cercano, dividir responsabilidades entre los de aquí y los de allá, porque creo, que éstas totalmente, deben recaer sobre los que, olvidando su deber, no tuvieron la previsión de rechazar, o fueron dóciles en admitir, la coparticipación de un gobierno extraño en las interioridades del propio, libre de hecho y de derecho.

Empero, es conveniente anotar al márgen del diario doloroso que la República va escribiendo con la mano del tiempo y con la pluma mojada en la tinta de los acontecimientos, las observaciones que aconseja la experiencia no echar en el tonel fabuloso porque, si éstas no pueden rectificar errores pasados, pueden y deben contribuir a hacer menos incierta y precaria su suerte futura.

Es indiscutible, absolutamente indiscutible, que la Enmienda Platt que aceptaron los constituyentes cubanos contra su voluntad, y contra la de sus mandantes, por razones que comprueban la amarga moraleja apuntada por Esopo en su fábula de *Las liebres*, ha sido origen de incontables males, porque con los ojos fijos en ella, a la cual atribuyeron los primeros mandatarios de la República a virtud de desarmar el derecho del pueblo para ejercitar deberes, se realizaron los primeros atentados contra el sufragio. Ella fué, y será mientras subsista a modo de un disolvente del sentimiento nacional; y ha servido de pretexto a gobiernos y políticos para mezclar en sus querellas, de carácter faccionario, a una nación por la cual si es justo que sintamos estima en el pago de la hospitalidad que nos brindó en nuestra última lucha contra España, no es prudente ni juicioso ni lógico que le entreguemos las llaves de la casa para que haga en ella cuanto le venga en ganas.

La Enmienda Platt, que ha sido como el cura famoso que pidió permiso para colgar su saco y acabó por echar al amo de la casa, significa, como ha dicho muy bien el ilustre académico y adalid de la buena causa Manuel Márquez Sterling, "el pesimismo opuesto al nacionalismo, y conduce al propósito de la independencia sin el propósito de la soberanía".

La actitud francamente imperialista asumida por Estados Unidos de Norteamérica en lo que va de siglo, impone a todos los países de origen latino, y muy especialmente a los que se encuentran en el radio de su influencia política y económica, una actuación acorde con la realidad circunstante.

Debemos gritar y repetir sin miedo que recelamos de sus intenciones y que nos inquieta cada día más, hasta el punto de desvelarnos, el papel que se han adjudicado a título de fuertes en relación con el semillero de pueblos que habitan el continente desde Tierra del Fuego a Panamá, sin excluir a las Antillas, por lo cual no es extraño en su beneficio, y no en interés del progreso y de la civilización.

Los Estados Unidos serán respetados, amados y consultados como hermano mayor el día resguarden con sus actos la independencia política y la integridad territorial de sus vecinos de América. La paz, como observara el ex-Presidente Wilson, que a imagen de Saturno devoró sus doctrinas y quemó sus evangelios altruístas en la hoguera de sórdido egoísmo, sólo puede basarse en la mutua confianza. Mientras haya sospechas habrá disensiones, y mientras haya disensiones habrá guerra.

Los atropellos cometidos por los gobiernos de Wáshington contra las inermes repúblicas del continente que aspiran a cubrir con su bandera, son notorios, y no pueden pasar inadvertidos para los que aquí pensamos en soluciones más eficaces que las derivadas del empeño, más aparente que real, de sanear una administración infestada por el microbio de la rapacidad.

Sus financieros y promotores — agentes del imperialismo vigilante, que se adueñan del suelo y hacen de su propiedad un arma para amenazar la independencia — son enemigos de mucho más cuidado que los enjambres de ratones socavadores de la casa, que desaparecerían como por encanto si todos los que ahora truenan contra la concupiscencia y ven en la ingerencia su remedio se acordaran, en el cumplimiento de su deber, para honra de la patria, de que frente a la delincuencia de los ratones la justicia estriba en sentirse gato.

Ciegos son, o pecan de mala fe los que no ven en la pérdida de la preponderancia económica por el traspaso progresivo de la tierra a manos extranjeras, el riesgo mayor que amenaza la independencia. El nacionalismo del suelo es el soporte del granito donde se afianza la soberanía. La influencia de la plutocracia norteamericana en el gobierno de los pequeños estados es nociva y perturbadora para su libertad; y la fiscalización política del gobierno de esos extranjeros sobre el país en que viven es de consecuencias incalculables; porque, so pretexto de una superioridad que no tienen, se inmiscuyen en sus asuntos internos sin identificarse con sus ideales y aspirando, en su codicia, a reducirlo a condición semejante a la de Irlanda y Tejas en el siglo pasado y a la de Hawai en el presente: a un feudo de propietarios adinerados, a costa del martirio, de la miseria y de la esclavitud del nativo; — que hacen de su extranjería, como apuntara recientemente el señor Enrique José Varona, una defensa de sus intereses particulares, convirtiéndola en privilegio.

El fenómeno a que me refiero no es nuevo; tiene sobrados y lamentables antecedentes en nuestro país.

El presente y el porvenir de Cuba no dependen, exclusivamente de la virtud administrativa y de la independencia política de que hasta hace poco gozamos, sino que radica en la posesión de la tierra, que es productora de la riqueza, garantía de crédito, y la que en definitiva asegurará la independencia económica de sus hijos.

Recuerdo ahora que el insigne republicano Manuel Sanguily, en su discurso, bellísimo de forma e invulnerable de fondo, combatiendo el Tratado de Reciprocidad con los Estados Unidos, observaba cómo el norteamericano viene aquí de paso, "a emplear su capital o aplicar su actividad productivamente a una riqueza para sí, aunque aprovecho a los demás, pensando en dar un salto, dándolo con frecuencia á la tierra nativa, manteniendo así su sentido nacional, alimentando de continuo el sentimiento por el cual quisiera que su bandera ondeara soberana hasta el último confín meridional; en tanto que nosotros cejamos y vamos poco a poco rindiendo nuestra tierra a los millonarios invasores, perdiendo así la base de nuestra natural influencia, porque al desprendernos de la tierra nos desprendemos de la condición y fundamento de nuestra personalidad y, soberanía"

Es lamentable que haya quien crean que la panacea de nuestros males es la intervención extranjera, y la felicidad del país el aumento progresivo de las campiñas anónimas, acaparadoras de tierras. No es estrangulando la soberanía como se afianza el futuro. El intervencionismo es la guillotina a donde los políticos de corta vista y manos largas conducen la República: es el virus que envenena su sangre y le paraliza el corazón.

No hay orientación más propicia, en la hora presente, que aquella que Rodó compendiaba en formar el sentimiento hispanoamericano y propender a arraigar en la conciencia de nuestro pueblo la idea de la América nuestra, como fuerza común, como alma indivisible, como patria única.

Ejemplos evidentes tenemos del proceder taimado de Norteamérica en relación con las repúblicas latinas, en el depósito de que hicieron objeto a Colombia, arrebatándole un pedazo de su territorio con miras interesadas; y si esto no fuera bastante pudiéramos recordar su desastrosa preponderancia en las repúblicas del Centro; su actitud, velada por ocultas intenciones, con México; y su agresiva hostilidad, culminante en la supresión del régimen constitucional, en Santo Domingo y Haití.

Su política en Cuba si no ha ido tan lejos en la práctica como en los dos últimos pueblos citados, en lo moral ha dejado mucho que desear. En 1916 pudieron salvarla del naufragio de la libertad y del horror de la guerra fratricida, ya que orbitrariamente se arrogaban la facultad de guiarla con una simple recomendación preventiva. Y no lo hicieron. Antes al contrario, alentaron entre bastidores la tormenta del golpe de estado, y cuando se desencadenó, como consecuencia del mismo, la protesta armada de 1917, ampararon con sus rescriptos irreverentes los desmanes de la dictadura; refrendaron, pisotearon nuestro derecho y olvidándose del respeto a que son acreedores los pueblos que supieron conquistarlo y no desean perderlo sometiéndose a improvisados tiranos, la política desconcertante, por transgresora, de su ministro en Cuba, y persiguieron como enemigo a la mayoría del país, tildándola de germanófila, porque no besaba humildemente el grillete con que se la ataba y que ellos contribuyeron a remachar.

Lo que vino después no pudo sorprendernos. El partido que circunstancialmente representaba la libertad, vencido por los resortes de la ingerencia, abatió su bandera y se entregó de rodillas a sus pies, esperando de ella el advenimiento de la justicia, al calor de ilusorias promesas que pronto rodaron desvanecidas. La sumisión, el renunciamiento de un programa y de la propia personalidad, el sueño roto de la revisión de la elástica Enmienda, soluciones tomadas bajo la frágil y voluble guía de las clases dirigentes del partido maltratado por el látigo del intervencionismo no trajeron la legalidad, y nuevos atropellos al derecho y nuevas violaciones del sufragio determinaron el parto de un gobierno ilegítimo, gemelo del anterior por los procedimientos puestos en práctica para precipitar su nacimiento, pero esta vez con el visto bueno del representante de los Estados Unidos.

No estoy haciendo historia por el gusto de recordar sucesos infaustos, sino para interrogar si es posible afianzar la justicia y la razón sobre lo que es producto de la ferocidad y del fraude.

Aquellos polvos trajeron estos lodos, y no son los Estados Unidos de Norteamérica los que, a semejanza de Pilatos, pueden ahora lavarse las manos y arrojar sobre nosotros la primera piedra como reza la leyenda bíblica, invocando la santidad de su consejo; porque todavía, en medio del desconcierto que su presencia nos causa, hay, por fortuna, un grupo numeroso de patriotas hostiles y rebeldes a su inferencia que no se ocultan para recordarles sus procedimientos y protestar, en nombre de imperecederos ideales, de su permanencia en esta tierra que mancillan con su planta.

Anarquizada la administración, la corrupción triunfante, la justicia desquiciada y sin rumbo, el tesoro exhausto, y empobrecida la industria nacional por la crisis tremenda que hace presa del universo y que sobre nosotros se reflejó en los últimos dos años, sólo nos queda un remedio, si queremos prevenirnos del naufragio a que estamos abocados: rectificar los métodos que nos llevaron a la ruina y reconstruir el crédito a fuerza de virtud y de trabajo.

Pero esta medida, por la cual ha clamado el país en todas las épocas sin ser oído por sus gobernantes, hemos debido tomarla y debemos seguirla al pie de la letra por cuenta propia y sin necesidad de apuntadores ni de intérpretes.

Es en extremo doloroso que se diga y se repita que constituímos un atajo de pillos y que determinadas fórmulas nos han sido impuestas por quienes manipulan en nuestros asuntos interiores, sin que nadie recuerde que por esas soluciones han clamado miles de cubanos que no han convivido con la podredumbre ni se han dejado cegar por los deslumbramientos de oro del peculado.

Aspiremos a una vida pura y próspera; pero sin dejar de hacer frente a la intromisión de los que a tiempo de enjuiciarnos, por vicios de que no están exentos, invaden los campos de nuestra soberanía y pisotean la Constitución a título de amigos infalibles y buenos, como si pensaran en su inefable frescura que aquí todos padecemos de amnesia y que, por lo mismo, hemos olvidado que fueron ellos quienes, durante la primera intervención, en vísperas de constituirse la República nos enseñaron a violentar el sufragio, y a derrochar y malversar los fondos públicos durante la miliunanochesca época del proconsulado de Magoon; como si fuéramos tan flojos de memoria que no recordáramos que el mismo enviado del Presidente de Estados Unidos que actualmente clama por la implantación de un régimen honesto y por el estricto cumplimiento de las leyes, fué aquí, en pasado muy reciente todavía, el instrumento de una situación despótica que sancionó los desaguisados de un régimen universal y que todos vimos con asombro cómo aquella mascarada electoral que profanó el derecho y desvaneció esperanzas de justicia fué consagrada por él como la consecuencia de un referéndum insólito y sin precedentes.

Si el patriotismo, tal como lo define la razón que no se deja arribar por las sinuosas olas de convencionalismos suicidas, no estuviera tan desvanecido en el corazón de los que nos representan, la solución de la crisis no sería tan oscura ni la suerte de la nacionalidad tan precaria.

Todos los sacrificios, aun en el supuesto de que haya quienes consideren sacrificio volver a la vida ordenada, deben realizarse a cualquier precio, y no porque eventualmente se nos exijan para recobrar la autoridad moral que nos restituya el antiguo valor para oponernos al híbrido reinado de factores que nos humilla.

Hay que purificar la casa, pero sin entregarla a la mayordomía invasora; poner en la picota a los merodeadores del erario que se han enriquecido a costa del decoro nacional; traer al servicio activo la capacidad y la honradez jubiladas por los aventureros del mantonismo que han incubado el desastre; y, con plena ejecutoria de bien, poner término a esta deprimente situación que pesa como una losa sobre el corazón de la patria.

Un pueblo libre y consciente de su destino no puede tolerar, ni ver con buenos ojos, la progresiva mutilación de sus derechos al amparo de un Tratado de virtud negativa que sólo ha servido para excitar la geofagia de las carboneras, difundir el embuste de la filantropía y clavar las industrias nacionales en la cruz de onerosas tarifas económicas.

Es un deber de cuantos tienen en sus manos el timón de la República dirigirla por causes de serenidad y de confianza. Sólo así podrá ocupar el puesto que en justicia merece por su situación geográfica y por el heroísmo y la sabiduría de sus hijos, que han dado pruebas de su devoción al progreso y de su culto a las ciencias y a las artes escribiendo sus nombres bajo el pendón de Cuba en el libro de los inmortales.

No es cediendo sin cortapisas y tomando circunstancialmente toda clase de revulsivos, por peligrosos que sean, como se rebasa una crisis. Ningún hombre, por encumbrado que esté, debe pesar más que su pueblo en la balanza del destino. Los hombres pasan, se alzan fuertes o caen por el suelo a merced de los acontecimientos, pero lo que no pasa, si no se borra con esponjas de luz es el estigma infamante con que se nos quiere marcar.

Es obra de locos o de malvados querer detener el rayo de la justicia nacional con miras personales. El presidio se ha hecho para los delincuentes, y es triste que tengamos la patria entre cadenas mientras sus asesinos se pasean bajo palio por las alturas oficiales. Hora es de que los malversadores de la fe pública y del tesoro ocupen su puesto en las galeras de la cárcel; hora es de que no se aspire a representar al país blandiendo en la diestra un revólver o un puñal, sino con la mano puesta en el libro de la Ley y el pensamiento fijo en el servicio útil y desinteresado; hora es de que los uniformes resguarden el derecho de la democracia y no sean los fantasmas del ciudadano y los alabarderos de la dictadura; hora es de que se cotice en el mercado de la política la sabiduría de los que piensan y la conducta de los que han practicado y pregonado la necesidad de ser virtuosos; hora es de que las aguas vuelvan a su nivel, y de que el Poder Judicial, respaldado por una independencia efectiva, sirva para empeños más nobles que los de castigar únicamente a los que carecen de influencia para convertir su delito en plataforma electoral.

Aboguemos, y no cruzados de brazos, sino con el pensamiento activo y las manos puestas en la tarea de crear, por el advenimiento de una época que sea el reverso de este presente doloroso y sin orientación. Hombres capaces y de sanos propósitos tenemos para acometer toda clase de empresas. Lo que necesitamos es metodizar la vida dentro de los moldes de una democracia sincera que inspirada en la ley y en la equidad, garantice todos los derechos al amparo de los llamados por su ministerio a aplicar esa ley realizando los fines de la justicia, que no individualiza, sino que se reconcentra y actúa en un ambiente abstracto de imparcialidad y de pureza.

No es lógico pensar que nos aferremos al propósito suicida de morir en una gusanera cuando podemos y debemos aspirar a vivir en la República amorosa, vestida de limpio y empapada de sol. No hay pueblos de santos ni de pecadores, no es justo que caiga sobre el nuestro el dictado de abyecto. El bien y el mal, la virtud y el crimen, la verdad y el error se manifiestan en todos los conglomerados humanos; pero unos y otros se castigan o se premian sin parar mientes en si el que comete un delito es un potentado o el que realiza una buena acción es un menesteroso. Eso es lo que nos ha faltado a nosotros: la medida del bien y del mal. La sanción pública ha carecido aquí de órganos que hicieran repercutir su voz desoyendo los halagos y rechazando las mercedes de los que, envueltos en su investidura, tomaban y disponían de los dineros del procomún para encenagar las conciencias y someter la voluntad de los llamados a fiscalizar sus actos.

¡Ah!, es un proceso de horror el que abarca la mente al lanzar una mirada retrospectiva sobre el cuadro pavoroso de los últimos diez y seis años. Hemos retrocedido a paso de carga. De escalón en escalón, de error en error, hemos descendido, sin soberanía y casi sin bandera, al abismo en que nos encontramos. Voces no faltaron que, como si clamaran en el desierto, dieran la señal de alarma y anunciaran el cataclismo que había de traer aparejado, como inevitable secuela, el eclipse de la nacionalidad.

Ni siquiera tenemos, en el infortunio, la suerte de que nos asista la razón. Desposeídos de autoridad, convictos de codicia y de rapacidad insaciables, nos encontramos frente al intruso omnipotente, inermes y sin un palmo de tierra firme donde defender los principios fundamentales de la autodeterminación hechos trizas. El penetró en nuestra casa, sin respetos ni miramientos, llamado por los corifeos de la política a que la realidad nacional da apariencias de mandatarios legítimos. Unos y otros, los del gobierno y los de la oposición, olvidados de las cosas grandes y obcecados por los pequeños intereses, clamaron por su presencia, se arrodillaron a sus pies llenándolo de flores, se convirtieron en los alguaciles y postraron a su planta la Constitución, que es el ánfora sagrada donde palpita el espíritu inmortal de la República.

Lo que ha fructificado después es la natural cosecha de la semilla que sembramos. Estamos en el momento crítico de la enfermedad. Los que imprevisoramente abrieron las puertas de la patria a la ingerencia, no pudieron sospechar hasta dónde rebasaría ella los límites de lo racional. Bajo la apariencia de un abuelo que se acerca al nieto descarriado para darle un consejo, ha traspasado el umbral del templo para imponernos condiciones que han abolido el régimen convirtiendo en una especie de subalterno maniatado al jefe de la casa. Se ha dado el caso estupendo de que el Enviado o agente de la Casa Blanca haya influído en la designación de los miembros del actual gabinete, convirtiéndose, de hecho, en un dictador que echando por tierra las prerrogativas constitucionales del jefe del estado, se subroga en un lugar, dicta leyes a los cuerpos colegisladores y decreta el ostracismo de los que no se le inclinan reverentes para solicitar mercedes.

No es permitiendo la profanación del culto como se asientan los fundamentos de la religión. No es entregando el fruto de nuestro amor a la caricia libertina del extraño como se protege la dignidad de la familia. La historia no justificará nunca la conducta de los que con sus actos, que acaso sólo sean producto de la inexperiencia, o de la ausencia de sentido común, han comprometido los supremos intereses de la patria, arrodillándola como una prisionera a los pies de nuestros prusianos de América.

No hay felicidad sin patria, y la patria no existe sin la autodeterminación, que es el principal elemento que la forma. Todos los sistemas de gobierno ajeno, principiando por los que encubren sus verdaderos fines con la máscara aparatosa del altruismo, son abominables, y han fracasado en el ambiente de libertad del mundo.

Ved si no como los viejos pueblos de Europa, Asia y Africa que han gemido bajo la férula de poderosas naciones, comprendiendo al Egipto y a la India, levantan contra sus dominadores el pendón de la rebeldía Y oíd como los pueblos nuevos, que rompieron sus antiguos dogales enarbolando la enseña de sus aspiraciones al resplandor rojizo de la monumental contienda, ponen el grito en el cielo y se revuelven airados contra el régimen del mandato que no es en realidad otra cosa que una patente de opresión inventada por los apócrifos apóstoles del derecho reunidos en Versalles para imponer su voluntad a los débiles.

Pero el espíritu de libertad no muere nunca. Frente a la profecía de los que proclaman el triunfo definitivo de la fuerza, robustecida por el invento de aeroplanos, tanques, sumergibles, y gases mortíferos, se pronunciaron, en nombre de la verdad y la justicia, esos abogados y sublimes patriotas irlandeses que siguiendo las huellas de Collins y De Valera asombraron al universo con sus hazañas estupendas, manteniendo en jaque, en virtud de un nuevo sistema de guerrear, implantado por ellos, a la flor y nata del ejército británico. ¡Qué lucha aquella tan excepcional y tan ruda y tan desconcertante! En la calma aparente de la ciudad y como un rayo que se desprendiera de una nube en un día de verano, irrumpían los fenianos por calles y plazas disparando sus armas y tremolando sus banderas. Daban el pecho al enemigo sorprendido y, a poco, triunfantes o derrotados, desaparecían dejando atrás la devastación y el incendio como si la tierra amorosa de su nacimiento se los tragara para ocultarlos en su seno con amor de madre en espera de una nueva oportunidad para lanzarlos al asalto. ¡Qué pruebas de valor y de astucia las que han ofrecido esos valientes irlandeses, dignos por su culto a la libertad de todas las recompensas de la tierra y de todas las bendiciones del cielo!...

Frente al dilema irlandés de independencia o muerte, la fuerza representada por Inglaterra, pactó con el derecho de los sublevados sobre la base del Estado Libre, que desgraciadamente no ha traído la paz y ha encendido la guerra fratricida entre los que ayer defendían un mismo ideal.

Pero no ha sido mi objeto hablar de Irlanda y de la simpatía que su redención me inspira, sino recordar el ejemplo de amor y de respeto a la soberanía y a la integridad del territorio de que dieron muestras en el mismo instante en que asomaba su rostro de Medusa la discordia civil. Hubo un momento, durante las negociaciones para traspasar el gobierno a los elegidos del Estado Libre, en que Inglaterra pensó demorar la retirada de sus tropas contraviniendo, por la gravedad de las circunstancias, las bases acordadas; y al sólo anuncio de que tal acuerdo iba a tomarse, todos los irlandeses protestaron, y hubieran vuelto a unirse en la confraternidad de los antiguos ideales las facciones en discordia si ante las exigencias de que continuara la evacuación, formuladas por el gobierno de Collins, no hubiera resuelto favorablemente su demanda el gobierno de Inglaterra.

¡Ah! yo podré ser para muchos de los que tesoneramente cantan loas al usurpador, un idealista empedernido que se entretiene en soñar con la soberanía sobre esta almohada de espinas y de fango. Pero si los viejos soldados de la gloriosa selva revolucionaria pudieran ponerse de pie, dirían que los locos no son los que protestan de la vergüenza interior y de la intromisión ajena, sino los que en delictuoso desvío sueñan con la fantástica quimera de reconstruir la patria sobre el sofisma trágico que elabora su ruina.

Batallando entre nosotros día tras día y con una fe superior a los males que nos afligen, la esperanza de fabricar un pueblo grande sobre las cenizas de la antigua factoría española, no es una utopía. Pero si faltos de razón y dejándonos llevar por los paradójicos postulados de encubiertos y nostálgicos anexionistas, nos desentendemos de la suerte de la patria y ponemos su bandera en la mano del vecino poderoso, entonces sí, no es aventurado asegurar que en un próximo mañana desaparecerán las instituciones creadas por el sacrificio, y sobre los escombros morales de una patria que no tuvo tan siquiera la gloria de ser destruída por el fuego, se posarán las águilas sobre los yertos despojos de la estrella apagada.

Los que callan

por José E. Rodó

Una de las impresiones más altas de respeto que haya experimentado en el mundo, es la que me produce cierto linaje de espíritus — seguramente muy raros, y aún más que raros difíciles de reconocer sin haber llegado a su más escogida intimidad; cierto linaje de espíritus que unen al sentimiento infalible, perfecto, aristocrático, de la belleza, en las cosas del arte, el absoluto desinterés con que profesan calladamente su culto, inmunes de todo estímulo de vanidad, de todo propósito de crítica o de producción, de todo codicia simoníaca de fama. Comprenden la obra bella en sus más delicados matices, con esa plenitud de inteligencia y simpatía que es una segunda oración; son el lector o el espectador ideal con que el artista ha soñado; dan su alma entera en el sacrificio religioso de la emoción artística, en esa absoluta inmolación de la personalidad, de donde toma su vuelo el misticismo del arte. Guardan dentro de sí el eco perenne en que se prolonga el acento verdadero original del poeta, que el vulgo no percibe sino enturbiado y trunco; el reflejo clarísimo en que se produce, con la frescura matinal de la inspiración creadora, la imagen del cuadro o de la estatua. Son la compensación de la vulgaridad triunfante y ruidosa, del alarde inferior; del abominable snobismo. Salvan, en el puerto abrigado y calmo de su piadosa memoria, nombres y obras que la injusticia o la indolencia de una época han condenado al olvido común. Para ellos no tiene curso la mentira acuñada en moneda falsa de renombre y de gloria. Llevan en sus desdenes secretos y animados de una serena y terrible certidumbre, el infierno de que no logran eximirse los que triunfan delinquiendo contra la belleza, contra el gusto, contra la noble altivez. Y callan. Y pasean por el mundo una apariencia indiferente, acaso vulgar Y a modo de la capilla de un culto misterioso y prohibido, encierran en lo más hondo de sí, el tabernáculo de ese amor ideal, que embellece el misterio como el pudor de una novia.

¿Dudas de que existan almas así?... Yo he llegado a conocer algunas, después de conocer sólo la opaca apariencia que me las velaba. Y desde que las descubrí, su presencia me domina y subyuga con el sentimiento de una superioridad que no conozco, tan imperiosa y de tan alta especie, ni en el artista creador que más admire ni en la sabiduría magistral que más respeto me infunda. Porque esas almas de silencio celeste son las únicas que me han dado la completa intuición de cuanto hay de vulgar y mezquino en esta brega por la notoriedad, en este sensualismo de la admiración, y del aplauso, grosera liga que mezclamos nosotros, los de la comedia literaria, al oro de idealidad del amor de lo bello. Sólo ellas saben amarte, Belleza, como tú ¡oh diosa! mereces. En la sociedad de esas almas se apodera de mí no sé qué noble vergüenza de ser autor, escritor de oficio. Y cuando vuelvo a esta faena, ellas componen el público, incógnito e incognoscible, que más me exalta y que más me tortura. A él me remito con una austera y melancólica esperanza, como quien se remite a la justicia de una posteridad que no ha de ver, cuando creo que una palabra mía no ha sido entendida en su virtud o su beldad; cuando una criatura de mi imaginación no ha hallado el regazo amante que la recoja. Y en él pienso, lleno de íntima inquietud, — como quejado del imposible deseo de saber la verdad de labios de un dios de mármol, — cuando aplausos y loas quieren persuadirme de que ha brotado de mi alma algo bueno y hermoso.

¡Ah, cuántos de estos abnegados monjes de belleza pasan acaso junto a ti, y tú no los conoces, y quizá los desdeñas!... Tal vez hay uno de ellos en ese espectador, indeterminado e incoloro, que ocupa su banca en el teatro, no lejos de la tuya, y aplaude cuando los demás, y asiente con trivialidades a los comentarios del vecino, y se disipa, esfumándose en el rebaño de la retirada. Tal vez otro se oculta bajo la máscara de ese viajero que, con apariencias de comisionista, lee, frente a tu asiento del tren, un libro que lo mismo puede ser guía de Baedeker, que un poema de Wilde o una novela de D'Annunzio. Tal vez descubrirás uno más en aquel otro a quien el juicio popular — ¡cruel ironía! — gradúa de poeta fracasado y con hoscos despechos de importancia; porque, no sabe que su renunciamiento fué espontánea y altísima religiosidad, y que en su repugnancia a hablar de arte con los que fueron sus émulos y amigos no hay sino las delicadezas de una sensibilidad transfigurada y la conciencia de una soledad de extraño... Con uno u otro disfraz, ellos pasan en su irrevocable silencio. Y este silencio ni es humildad ni es orgullo. No es más que la cumplida posesión de un bien que lleva su fin y recompensa en sí mismo, y que por eso se contiene dentro de su propia amplitud sin aspirar a salir de sí con ímpetu y alarde como el vino que, cuando ha llegado a sazón, olvida los desasosiegos y hervores de fermentar, como el resplandor de la noche serena, que, extendiéndose en la suave gloria de sus luces, no la publica ni con los pregones del relámpago ni con la música del sol.

JOSE E. RODO

El Esfuerzo

por Rafael Barrett

La vida es un arma. ¿Dónde herir, sobre qué obstáculo crispar nuestros músculos, de qué cumbre colgar nuestros deseos? ¿Será mejor gastarnos de un golpe y morir la muerte ardiente de la bala aplastada contra el muro o envejecer en el camino sin término y sobrevivir a la esperanza? Las fuerzas que el destino olvidó un instante en nuestras manos son fuerzas de tempestad. Para el que tiene los ojos abiertos y el oído en guardia, para el que se ha incorporado una vez sobre la carne, la realidad es angustia. Gemidos de agonía y clamores de triunfo nos llaman en la noche. Nuestras pasiones, como una jauría impaciente, olfatean el peligro y la gloria. Nos adivinamos dueños de lo imposible, y nuestro espíritu ávido se desgarra.

Poner el pie en la playa virgen, agitar lo maravilloso que duerme, sentir el soplo de lo desconocido, el estremecimiento de una forma nueva; he aquí lo necesario. Más vale lo horrible que lo viejo. Más vale deformar que repetir. Antes destruir que copiar. Vengan los monstruos si son jóvenes. El mal es lo que vamos dejando a nuestras espaldas. La belleza es el misterio que nace. Y ese hecho sublime, el advenimiento de lo que jamás existió, debe verificarse en las profundidades de nuestro ser. Dioses de un minuto, qué nos importan los martirios de la jornada, qué importa el desenlace negro si podemos contestar a la naturaleza: — ¡No me creaste un vaso!

Es preciso que el hombre se mire y se diga: —Soy una herramienta. Traigamos a nuestra alma el sentimiento familiar del trabajo silencioso, y admiremos en ella la hermosura del mundo. Somos chispas fugitivas de una prodigiosa hoguera. La majestad del Universo brilla sobre nosotros y vuelve sagrado nuestro esfuerzo humilde. Por poco que seamos, lo seremos todo si nos entregamos por entero.

Hemos salido de las sombras para abrasarnos en la llama; hemos aparecido para distribuir nuestra sustancia y ennoblecer las cosas. Nuestra misión es sembrar los pedazos de nuestro cuerpo y de nuestra inteligencia; abrir nuestras entrañas para que nuestro genio y nuestra sangre circulen por la tierra. Existimos en cuanto nos damos; negarnos es desvanecernos ignominiosamente. Somos una promesa, el vehículo de intenciones insondables. Vivimos por nuestros frutos; el único crimen es la esterilidad.

Nuestro esfuerzo se enlaza a los innumerables esfuerzos del espacio y del tiempo, y se identifica con el esfuerzo universal. — Nuestro grito resuena por los ámbitos sin límite. Al movernos hacemos temblar a los astros.

Ni un átomo, ni una idea se pierde en la eternidad.

Somos hermanos de las piedras de nuestra choza, de los árboles sensibles y de los insectos veloces. Somos hermanos hasta de los imbéciles y de los criminales, ensayos sin éxitos, hijos fracasados de la madre común. Somos hermanos hasta de la fatalidad que nos aplasta. Al luchar y al vencer colaboramos en la obra enorme, y también colaboramos a ser vencidos. El dolor y el aniquilamiento son también útiles. Bajo la guerra interminable y feroz canta una inmensa armonía. Lentamente se prolongan nuestros nervios, uniéndose a lo ignoto. Lentamente la ciencia integra los fenómenos en una unidad superior, cuya intuición es esencialmente religiosa, porque no es la religión lo que la ciencia destruye, sino las religiones. Extraños pensamientos cruzan las mentes. Sobre la humanidad se cierne un sueño confuso y grandioso. El horizonte está cargado de tinieblas, y en nuestro corazón sonríe la aurora.

No comprendemos todavía. Solamente nos es concedido amar. Empujados por voluntades supremas que en nosotros se levantan, caemos hacia el enigma sin fondo. Escuchamos la voz sin palabras que sube en nuestra conciencia, y a tientas trabajamos y combatimos. Nuestro heroísmo está hecho de nuestra ignorancia. Estamos en marcha, no sabemos adónde, y no queremos detenernos. El trágico aliento de lo irreparable acaricia nuestras sienes sudorosas.